

El nuevo idioma castellano

Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly

=Del tomo EL NUEVO IDIOMA CASTELLANO, por V. García Calderón, Editorial MUNDO LATINO, Madrid, 112 pp. en 8º=

(Concluye. Véase la entrega anterior).

Hemos llegado lentamente al siglo XIX, que es el Cabo de las Tormentas, pues aquí es preciso navegar con todas las precauciones del mundo. Napoleón ha pasado por España y los senderos quedaron llenos de pólvora. La literatura está ligada estrechamente a la política. Digamos con arrojo, como los guerrilleros: «¡Santiago y cierra España!»

Cuéntase que un guerrillero juró matar tantos franceses como cabellos había tenido su mujer, ahorcada por los soldados de Napoleón. ¡Tuvo aquella campesina la más hermosa cabellera de Castilla!... Pero no sólo corren riesgo entonces los soldados intrusos. Buena parte de España está «afrancesada», porque de Francia llegan, sin embargo, y a pesar del mismo déspota genial, ideas de libertad, más necesarias en tierra española que en cualquier otro rincón del mundo. No es posible calificar de traidores a literatos de fuste cual Moratín, Lista, Meléndez, que admitieron el nuevo régimen de José Bonaparte, porque representaba la importación liberal, un poco más de cultura, un poco más de libertad, contra el absolutismo simbolizado por el ministro «que cerró un día las Universidades y abrió una escuela de tauromaquia».

Son afortunados años para los gramáticos de artillería, que defienden celosamente a un tiempo mismo la tumba del Cid y el diccionario de la Academia Española. ¡Qué victoria para los pedantes, señor mío! La retórica y la poética se han cristalizado para toda eternidad; ya no parece posible cambiar las reglas del tresillo literario. Querer escribir en un lenguaje novísimo, con imágenes e inquietudes del siglo; en una palabra, escribir como lo hiciera Larra en 1830, es entonces una manera de traicionar a España. Regresión dolorosa en la historia más conservadora del mundo, pues la patria comenzó con una Reconquista. Lo más penoso es que los guardianes de momias parecen tener patéticamente razón, pues es preciso, ante todo, defender el suelo invadido. La rivalidad de Francia y España es más antigua; pero en aquellos años, acababa de llegar a su crisis máxima.

Carlos García lamentaba ya, en 1617, en un libro

hermosísimo⁽¹⁾, casi olvidado, y que encierra páginas de una exquisita ironía, la bifurcación de las dos «luminarias de la tierra». «El soberano autor—dice—ha hecho bien las cosas al dar a un país lo que faltaba al otro: la gentileza y la gracia a los franceses, y la firmeza a los españoles». Los primeros son demasiado ligeros; los otros, demasiado solemnes a veces. Lo mismo en su modo de andar que en su vestir, el español de la época aspira a la nobleza. Trajea al verdugo de amarillo o de rojo para mostrar su infamia, porque él, el gentilhomme, va de luto, como un caballero antañón.

Después de haber referido de la manera más festiva del mundo las aventuras casi trágicas de un hidalgo tan solemne que todos los pilluelos de París le hacen pifia, Carlos García nos cuenta haber asistido, en una plaza de la ciudad, a una escena significativa. Un ciego, rodeado de incautos, pregunta a su perro domesticado: «¿Qué harías tú por el rey de Francia?» El perro brinca y se agita de gozo. «¿Qué harías tú por el rey de España?», sigue inquiriendo el bellaco. Y el perro se eriza y muestra los dientes... Esto era en 1617.

Nada más patético en la

Historia que esta lucha de ambos gemelos de la loba romana. Se completan mutuamente y lo prueban despojándose con reciprocidad. Cuando un francés quiere evocar la fuerza y la majestad de Roma, es necesario que Corneille entre a saco en España; pero las gracias lúcidas de un espíritu mondado como los árboles de la isla de Francia, ¿en dónde se encuentran sino aquí? Y cuando veo a un romántico, de España o de América, merodear por la selva de Hugo, me digo, alterando un poco un verso célebre: «Tú puedes saquear este pueblo con tranquilidad» ¡Bastante despojó a mi abuelo!

«Considerad la historia de las realidades europeas después de la Revolución—ha dicho Charles Maurras—. La literatura revolucionaria tendía a disolver las naciones para constituir la unidad del género humano, y las consecuencias directas de la Revolución que se hicieron sentir fuera de Francia, como en nues-

De esta carta han hablado ya: Gómez Carrillo, Sanín Cano, Hernández Catá, García Sanchiz, M. de Toro Gisbert, León Pacheco, Francisco García Calderón, A. Zérega Fombona y Armando Donoso.

Quisiera el REPERTORIO AMERICANO oír otras opiniones. Se atreve a solicitar las de algunos de los escritores de América y España que lo reciben y leen a menudo. La lista es larga, si fuéramos a trasladarla toda. Para el caso, valgan unos cuantos nombres:

A. Reyes, J. Vasconcelos, Antonio Caso, Mariano Silva y Aceves, Xavier Icaza, Julio Torri, Genaro Estrada, J. de la Luz León, Félix C. Lizaso, Dr. E. J. Varona, Jorge Mañach, E. Roig de Leuchsenring, José María Chacón y Calvo, Emilia Bernal, P. Henríquez Ureña, Max. Henríquez Ureña, C. Coll y Cuchí, Rafael Arévalo Martínez, C. Wild Ospina, Froylán Turcios, Raf. H. Valle, Alberto Masferrer, N. Altamirano y Viera, Presbítero Pallais, Salomón de la Selva, R. Brenes Mesén, Rómulo Tovar, Rafael Cardona, Alejandro Alvarado Quirós, O. Méndez Pereira, A. Nieto Caballero, Eduardo Santos, Ramón Vinyes, Germán Arciniegas, Guillermo Valencia, Armando Solano, A. Restrepo Gómez, C. E. Restrepo, Cornelio Hispano, Santiago Key Ayala, Ml. Díaz Rodríguez, R. Blanco Fombona, J. Austria, Jesús Semprum, Gonzalo Zaldumbide, Edwin Elmore, A. J. Ureta, A. B. Laurende, R. Jaimes Freyre, Franz Tamayo, Alcides Arguedas, Pedro Prado, Enrique Molina, Eduardo Barrios, Gabriela Mistral, Dr. R. Lenz, Francisco Contreras, J. Ingenieros, A. Nin Frías, Leopoldo Lugones, R. A. Arrieta, Ricardo Rojas, A. Gerchunoff, Leopoldo Díaz, R. F. Giusti, M. Gálvez, Ml. Ugarte, Natalicio González Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary, Hugo D. Barbajelata, Dr. C. Vaz Ferreira, Juana de Ibarbourou, José Moreno Villa, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, R. Pérez de Ayala, Federico de Onís, E. Díez-Canedo, Antonio Espina, Ed. Gómez de Baquero, Azorín, R. Gómez de la Serna, Juan R. Jiménez, C. Rivas Cherif, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Luis de Zulueta, Américo Castro, Gabriel Alomar, Luis Araquistáin, Pío Baroja, José Bergamín, Antonio Marchalar, Ramiro de Maeztu y Antonio Machado.

Aprovechamos esta ocasión para declarar que faltan en la lista de envíos del REPERTORIO algunos escritores hispano-americanos importantes de que no tenemos las señas. Que nos las den, si quieren recibirlo.

(1) *La oposición y conjunción de los grandes luminarias de la tierra.* París, 1617.